

Eduardo Nicol. METAFÍSICA DE LA EXPRESIÓN. Fondo de Cultura Económica. 1ª Edición, 1957, 414 págs.

No necesitaríamos presentar a Eduardo Nicol. Su labor docente en España y México sus ensayos y obras —“Psicología de las situaciones vitales”, “Existencialismo e historicismo” y la obra que ahora reseñamos— lo han venido distinguiendo en Europa y América. En Chile, además, tuvimos la oportunidad de conocerle durante el desarrollo del Congreso de Filosofía, en el año 1956.

“Metafísica de la Expresión” es un libro extenso. En él se articula con maestría una problemática variadísima, trabajada en profundidad y con miras a establecer una ontología del hombre.

Si una metafísica de la expresión sólo pretendiese convivir entre los temas de la llamada “metafísica tradicional”, sería imprescindible, según el autor, y antes que nada, revalidar esta metafísica. Pero el propósito es justamente el contrario: la tarea de la primera parte de la obra consiste en invalidar definitivamente la metafísica “substancialista”, la metafísica del “noumeno” —labor que Kant no realizó—, a fin de levantar una metafísica sobre la base de intuiciones apodícticas. Y es, precisamente, esta reflexión sobre la expresión (y el ser que expresa) lo que posibilita comprender y superar la problemática de la metafísica tradicional.

En la primera y segunda partes de la obra, Nicol trabaja estas dos cuestiones; luego, en la tercera parte, presenta ontológicamente al hombre, justamente, como el ser de la expresión; posteriormente, en la parte 4ª, avanza en profundidad en busca de la determinación del hombre histórico, concreto, mostrando qué expresa el ser humano en sus expresiones. Finalmente —parte V— expone su teoría sobre los principios que hacen posible la relación simbólica.

Vamos a arriesgar, pues, dada la extensión de la obra, una exposición lineal de su pensamiento, sacrificando, sí, toda una importantísima temática lateral.

Adelantamos ya que para el autor el análisis kantiano de la metafísica no pudo ser definitivo. Y en efecto, hoy, al nivel de esa crítica, o la ciencia física no poseería ningún alcance ontológico o, de poseerlo, las mismas razones valdrían para concedérselo también a la metafísica tradicional. Pero no es legítimo hacer tal concesión.

Y es la conciencia contemporánea de no estar apuntando directamente ya a la realidad a través del discurso físico debido, justamente, al uso cada vez mayor de “puros símbolos”, de “entidades arbitrarias y ficticias” —hecho que los mismos científicos reconocen y que Nicol resume como “brecha epistemológica”—, el factor que exige investigar por qué la física, a pesar de su “simbología abstracta” es válida, y por qué, en cambio, la metafísica se ha vuelto “un peso muerto de la tradición”.

(Claro está que, además de las razones que da Nicol para invalidar la ontología tradicional, existe este hecho no destacado suficientemente: las entidades metaempíricas de esta disciplina se postulan *en serio* y, lo que es más, a fin de justificar el mundo fenoménico, tenido unitariamente como insuficiente, al paso que, el empleo de “libres creaciones de la mente” —ya el adjetivar así muestra una significativa diferencia— no es más que una obligada formalidad de la ciencia en su diálogo con los fenómenos, sea cual fuere la complejidad misma del diálogo).

La metafísica —prosigue Nicol— se vio constreñida, desde Parménides, a negar la realidad del mundo fenoménico si quería salvar las pretendidas exigencias de su racionalidad. Y a medida que, en el progreso histórico de la especulación, los atributos del ser buscado se venían desplazando

do hacia un Dios —que, además, debía dar razón de todo lo existente—, por otra parte, se mantenía en el orden mundano la hipótesis inicial de los dos mundos: el fenoménico (irracional) y el inteligible.

Kant recoge íntegro, bajo este aspecto, el pensamiento de la tradición, aun cuando niegue la posibilidad de que la razón pueda saltar por sobre sus propios mecanismos condicionantes.

La fenomenología, en la línea de inspiración netamente cartesiana —Contradictorio del Método, cap. V— ha creído necesario para atenerse a lo dado desconectar el mundo de la conciencia de mundo, neutralizar los actos ponentes y, por el empleo de tales artificios, justificada teóricamente, recuperar la realidad. “Pero la conciencia es, sólo porque es en el mundo, para, por y con el mundo”.

Ahora podemos despejar la primera tesis del autor y esto nos hará posible dar una respuesta de la cuestión previa a la pregunta inicial: el pensamiento especulativo ha venido arrastrando hasta nuestros días el problema insoluble del sentido del Ser, ha renovado una y otra vez el intento de justificar el mundo y su constante alteridad. Pero esta tarea representa hoy “un peso muerto de la tradición” y, ciertamente, una metafísica que la reasuma deberá asfixiarse en sus propias aporías.

Pues bien, Nicol afirma con insistencia que “el ser está a la vista y que es fenómeno, cambio”. Sostendrá más adelante (pág. 181): “no hay más ser que el ser fenoménico”. Y “estar a la vista” significa que la intuición del ser es apodíctica, anterior a toda construcción teórica. Justamente por esto, si neutralizamos la conciencia, a la manera cartesiana, si suspendemos toda afirmación sobre la existencia de una realidad extramental, entonces, no sólo plantearemos e iremos desarrollando un falso problema sino que, y lo que es

más grave, quedaremos aislados de nuestro ser corpóreo, de nuestro mundo y de nuestro prójimo, sin posibilidad de recuperarlos válidamente. Así sucedió a Descartes que, por ganarse filosóficamente la existencia, debió pedir socorro a la Divina Bondad para reconquistar lo que sin pena había poseído.

La realidad del mundo —insiste una y otra vez el autor— se da gratuitamente y con máxima evidencia. Y de esta manera se da también el ser del hombre en su realidad diferencial, única, de ser que expresa.

La invalidación de la metafísica sustancialista posibilita, pues, una metafísica del fenómeno expresivo, “una metafísica de la Razón Simbólica”. Ambas tareas se desarrollan en la primera parte de la obra: la invalidación de la metafísica tradicional a través de un análisis del empleo de los principios de identidad y no contradicción, empleo que, según Nicol, indujo a los filósofos a declarar irracionales el tiempo y el cambio. Pero el cambio es con lo que debemos contar cuando la investigación se dirige a la realidad. Y si todo lo existente deviene, y si este devenir de las cosas es reducible a la razón, como lo muestra la física actual, entonces, una metafísica del cambio no sólo es posible sino la única legítima.

Ahora bien. La expresión es cambio, *accidente*, pero, además es, por decirlo así, el accidente esencial que identifica ontológicamente al hombre.

El punto de arranque de la metafísica propuesta ha de ser la intuición apodíctica del hombre como esa realidad ontológicamente diferenciada por el fenómeno de la expresión.

Sobre la base de esta intuición primaria, la metafísica se constituirá como una hermenéutica de todos los símbolos. En efecto, Nicol afirma que “la historia del conocimiento, de la ciencia y de la filosofía sólo puede comprenderse como parte

integrante de una metafísica de la expresión; es decir, mediante un sistema de categorías y leyes extraídas del material de expresiones que constituye la realidad histórica misma, y fundadas sistemáticamente en una ontología del hombre como ser de la expresión” (pág. 226).

Así, pues, la metafísica de la expresión debería darnos la clave para comprender lo humano, la particular historia de cada una de sus actividades y pensamientos. Debería, por ejemplo, aclararnos el problema de la verdad, pero no ya tratado como una solitaria relación entre una conciencia y su objeto intencional, sino más bien, como un eterno diálogo renovado y retomado en el decurso de la historia y que versa siempre sobre una realidad comunitaria. La ciencia, el arte, etc., muestran que el hombre ante esta común realidad —apodícticamente aprehendida— no permanece indiferente; por el contrario, toma siempre posición, modificando así su sistema expresivo. Por eso,

como la ciencia es, además de presentación del ser —declaración apofántica—, representación, y además, todavía, doxa, construcción y, como estos últimos factores van expresando al hombre en su individualidad, en lo que debe a su tiempo y a su pasado, la ciencia es esencialmente histórica y expresiva, como todo lo humano.

Resumiendo: “Metafísica de la Expresión” es, como hemos afirmado, una ontología del hombre: la expresividad de éste, el dato irreductible del cual se parte. E. Nicol irá mostrando luego cómo es posible desentrañar, desde ese punto de partida, todo lo que pertenece al orden de lo humano. Caerá, pues, dentro de esta investigación crítico-comprensiva, toda la tradición metafísica central, desde Parménides hasta Heidegger; además, y en cetera visión, capitales problemas del conocimiento en general, de la ciencia —la llamada “crisis” de la física—, del arte, en fin, de la cultura toda.

HUMBERTO GIANNINI.